

APROXIMACION AL CONOCIMIENTO ANTIAUTORITARIO O EL QUE NO HACER

HECTOR SUBIRATS



Tras un largo periodo de experiencias proletarias determinadas por una estrategia marxista-leninista, el paso por la experiencia reformista, primero dentro del capitalismo librecambista y posteriormente con el desarrollo del capitalismo monopólico burocrático—, es preciso abandonar el camino del masoquismo revolucionario. Sólo así se

puede intentar avanzar el conocimiento de los mecanismos autoritarios que han permeado las teorías y los procesos proletarios. El avance en el conocimiento antiautoritario no es tan sólo necesario, sino urgente.

Debe surgir de la autocrítica teórica. Del cuestionamiento de la práctica proletaria (autónoma y dirigida), y del análisis

de la modificación constante entre sujeto y objeto revolucionario.

Sin intentar coser teorías, existen sobradas aportaciones que invitan a dar coherencia a este conocimiento. Desde la primaria intuición ácrata—tal vez incoherente pero certera—, pasando por las aportaciones de la obra joven de Marx y las interpretaciones posteriores de la izquierda marxista (Korsch, Pannekoek, Mattick y el movimiento conse-

jista hasta los últimos movimientos surgidos de la crisis del sistema y el desengaño por la alternativa burocrática, (situacionismo, análisis institucional, movimientos ecológicos, feministas, marginales).

Ante la parcelación del conocimiento, se impone proponer la restitución del concepto y de la práctica de la totalidad. El carácter totalitario de la dominación y la división analítica lo han impedido. La total interrelación de las instituciones determina y mimetiza la actividad social, "la institución atraviesa todos los niveles de una formación social determinada", (1) de aquí que toda separación teórica que conciba las superestructuras aisladas —aunque determinadas—, recae en el tópico de la abstracción pura. La creación de objetos de estudio en lugar de analizar el objeto real institucionalizado.

La dominación se da en todos los frentes a partir de lo que el análisis institucional denomina "cruce de instancias", "principio de transversalidad". (2) Toda actividad revolucionaria que aisle al Estado en el terreno superestructural, olvidando el principio anterior, está condenada a reforzar el papel de la institución. Si el Estado (división, jerarquía, dirigencia, alineación) sobrevive, es precisamente porque está en todas partes. (3) El Estado soy yo.

El proceso de institucionalización de los diversos proyectos revolucionarios, la reinstauración del mundo de las separaciones: dirigentes-dirigidos, pensantes-ejecutantes, enseñante-enseñado, partido-base, hombre-mujer, adulto-niño, rostro-genitales, etc., coloca en primer término la inversión del rol asignado desde el exterior al proletariado y le impide hacer su Historia con conciencia de ella, o sea tomar el protagonismo en su papel autoconstituyente.

Contra las instituciones que se autonomizan de los instituyentes, y que se encuentran determinadas en toda su estructura por la transversalidad del autoritarismo estatal, las clases explotadas tendrán que agruparse en formas que prefiguren la estructura adecuada al objetivo final. Formas que tendrán que desprenderse en el momento revolucio-

nario del seno de la producción, la escuela, el barrio. La afirmación de que la auténtica autonomía sólo se presentará con la ruptura, no niega la posibilidad ni la necesidad de las experiencias paralelas; al contrario, los intentos autónomos condicionados de hoy, son la ruta de la autonomía autogestionaria del proletariado.

Actuar contra la autonomía de clase significa colaborar con la reproducción de las tesis autoritarias en sus diferentes variantes capitalistas. Equivale a negarle al proletariado la posibilidad de autoconstituirse, olvidando que "nadie puede proteger a la clase obrera contra sí misma"; (4) finalmente, la clase buscará implantar el placer revolucionario o conservará el derecho al suicidio. La sustitución de las antiguas capas dominantes a través de la instalación en los puestos de decisión de la "inteligencia", origina una dialéctica de poder que da lugar a la última fase —la "fase superior" tiene un ático— la etapa monopolio burocrática.

Este proceso no representa una reversión a las estructuras capitalistas tradicionales ni una fase transitoria de socialismo degenerado, tal como intentan explicar las críticas a la burocracia desde una perspectiva leninista. Entender el mal llamado fenómeno estalinista en este sentido es prefabricar un corte histórico al servicio de una ideología. Por el contrario, es la expresión del proceso de concentración y acumulación del capital, la imposición por parte del Estado, de la transversalidad de los mecanismos autoritarios en todos los rincones de la vida social. Es el intento de racionalización del capitalismo de libre cambio eliminando alguna de sus contradicciones. Concentración total de los métodos de control y alienación de la vida social. Sustitución del derecho de propiedad por el derecho de decisión. Cabriola verbal que intenta ocultar la incapacidad de las tesis autoritarias para implantar la autogestión generalizada.

La tentativa de comprender estos procesos a partir de esquemas preelaborados, de categorías inmutables, de encerrar la realidad en una teoría ideologizante en lugar de erigir una teoría que coadyuve a la comprensión y modifica-

ción de la realidad, culmina en la institucionalización de una teoría esquemáticamente perfecta incapaz de detectar el movimiento fuera de sus fronteras. La construcción de una teoría-espectáculo.

El conocimiento antiautoritario debe descubrir cómo se interfiere la práctica proletaria o intermediada. El análisis no implicado ha conducido al reforzamiento de la ideología protectora y reproductora del statu quo. Los teóricos (parafraseando a Kautski-Lenin) son incapaces por sí mismos de superar una práctica teórica social-demócrata.

Las diversas tendencias que se autodenominan "conciencia proletaria" y que explican el llamado fenómeno burocrático, no rebasan las posiciones voluntaristas. El error, para ellos, consiste en que no fue su conciencia-partido la directora de la toma del poder. El "ir a la raíz", el cuestionamiento de la institución en que se desenvuelve la práctica, es —todavía—, un simple recuerdo literario de sus manuales de marxología.

Contra las estructuras autoritarias, contra la contradicción instituido/instituyente, se presenta la alternativa de la autogestión generalizada. Que no es una contemplación alienante envuelta en una fraseología perfectamente recuperable, sino un dominio total sobre todos los aspectos de la vida social e individual. Una autogestión que desde ya, instituya formas modificables y anti-jerárquicas de experiencias paralelas. Potenciar la experiencia autónoma, anti-institucional, de modo que, cuando una coyuntura revolucionaria brinde un vacío de poder, impida que este vacío termine siendo ocupado por alguna modernización del dirigentismo espectacular.

Es necesario comprender la realidad y las bases de la utopía realizable. No restringir la práctica —si práctica proletaria podemos llamar a la obediencia militante— a una teoría, que pretendiéndose científica no sólo ha sido "utópica" sino que ha llevado a sus últimas consecuencias el carácter explotador de la sociedad capitalista.

Esta comprensión debe partir del análisis de las instituciones que mantienen el principio de transversalidad estatal (o sea todas). Los mecanismos de domi-

nación capitalista no se detectan tan sólo en la estructura económica; la reproducción del sistema se realiza a través de la transversalidad autoritaria en toda la actividad social. La separación burguesa ha sido llevada al plano de la teoría revolucionaria. Hasta el momento, los "gurus" no han hecho otra cosa que reproducir este esquema, en el partido, la escuela o la familia.

La sociedad capitalista es capaz de mercantilizarlo todo. Nos vende hasta la terminología de la práctica: revolución, autogestión, poder obrero, todo pierde sentido y se desvincula de la acción.

La autogestión como puro concepto económico es una mercancía más. No podemos plantear un proyecto definido de autogestión generalizada, simplemente porque sería recaer en la ideología autoritaria. Será sólo la práctica autogestionaria la que defina las formas que adopte el proceso. Su autoconstitución no puede ser preelaborada esquemáticamente sin caer en el dirigentismo:

Todos los análisis burgueses parten de sustituir el ver por el hacer, tanto en ver cómo se hace la historia, como en comprender cómo nos hacen ver la Historia. Es preciso cerrar la brecha entre el sujeto individual y colectivo de cambio y el objeto de éste. Pero este objeto no debe presentarse a largo plazo, como la panacea que nos entregarán tras la ruptura. La transición al socialismo existe, pero no el sentido de la interpretación marxista, como corte histórico; la transición es cotidiana en todos los aspectos; la historia de la humanidad es la transición toda.

Apartir de dos nociones que caracterizan la comprensión del socialismo: alienación y praxis, podemos establecer los efectos generales que definen la relación existente entre la formación de la conciencia del proletariado —sus diversas interpretaciones— y las variantes organizativas que ello genera. Asimismo

podemos definir los vectores ideológicos que impulsan o frenan la autogestión como vía instituyente del socialismo.

Las dos categorías mencionadas están íntimamente ligadas a la polémica espontaneidad-conciencia. De aquí surgen a su vez concepciones opuestas: la teoría marxista-leninista y la corriente antiautoritaria que engloba diversas maneras de concebir la organización social. Entre ambas corrientes se puede localizar todo un abanico de vulgarizaciones del marxismo leninismo en diferentes grados de reformismo. Sobre esta polémica —separación una vez más artificial— creada por las ideologías especulativas, se presenta una concepción totalizadora (que no científica) que comprende estas divagaciones teóricas como germen reproductor de las formaciones social-demócratas y monopólicas-burocráticas. En ellas la praxis se separa, y los dirigentes aparecen como formas fantasmagóricas, pero alcanzando el rol de expropiadores de la acción, del tiempo y del producto social. La pretendida "ciencia" social debe tener bien presente los efectos de la transversalidad autoritaria del aparato estatal si pretende salir del bache en que se encuentra sumida. Es precisamente esta deficiencia en el área de la penetración estatal la que permite esas falsas polémicas. No hay espontaneidad sin conciencia ni conciencia sin espontaneidad. El "inconsciente" o conciencia abstracta se concientiza en la práctica espontánea o en la meditada. En todo movimiento espontáneo se encuentran elementos con un grado mayor de conciencia, obtenido de la práctica espontánea.

El fetichismo de la acción intermediada, la conciencia transferida y la reproducción en todas las instituciones sociales de la estructura jerárquica, junto con las instituciones económicas y represivas, son los obstáculos a los que se enfrenta un proyecto de socialización autónomo.

El hombre no sólo está separado de sus medios de producción, sino también de sus medios de decisión. La disociación que ejecuta el sistema capitalista en la fábrica, encuentra su correspondiente en los partidos y organizaciones jerárquicas, mediante la alienación del protagonismo histórico. Se es protagonista para producir siendo consumido; en los aspectos restantes —familia, escuela, sexo, ocio— se es espectador consumible y consumidor, en tanto el papel

protagónico se consume improductivamente.

La alienación individual se colectiviza en beneficio de las élites dirigentes. La mercancía aparece como propiedad privada del burgués. La acción directa de las clases explotadas aparece como un asunto de las dirigencias partidistas.

La teoría fetichista del partido pretende transmitir la conciencia cuando lo único que transmite es una imagen que frena la conciencia y reproduce la necesidad del partido.

El marco en que se desarrolle el conocimiento antiautoritario no puede restringirse a un sistema de categorías fijas, inmutables, que al pretenderse infalibles recrean la inmovilización. No se pueden combatir las ideologías ideologizando. Los límites del conocimiento no son otros que los de la acción de las clases alienadas. Esta práctica da lugar a un conocimiento automodificado de los retrocesos y avances en los intentos de autoconstitución proletaria. Análisis en profundidad de cómo se efectúa la escisión entre el sujeto instituyente y el objeto instituido. Análisis del proceso de separación de las jerarquías y asentamiento del espectáculo dirigente y la contemplación proletaria.

La autogestión generalizada ha sido reprimida por una táctica que se desprende de la supuesta memoria histórica de sus fracasos. Los fracasos en realidad no son tan sólo la expresión autónoma del movimiento proletario, sino del autoritarismo y el dirigentismo amnésicos. La historia de la delegación, la intermediación, la de las instituciones, no aparecen involucradas cuando las vanguardias teorizan sobre la "imposibilidad" de progreso del movimiento autónomo proletario. Una memoria real de la práctica colectiva mostrará que la tendencia libertaria no es un producto del discurso teórico. Mostrará la posibilidad de extender lo que ya se ha experimentado. Descubrirá los caminos que

potencien la autogestión total sin corte históricos ni transiciones reformistas. La autogestión generalizada no es más que la expresión de la revolución permanente en todos los aspectos de la vida social. Revolución permanente contra toda institución jerárquica, dirigentista y alienante. Revolución contra la contemplación en beneficio del dominio del hombre sobre todas las actividades de su existencia, eliminando los tiempos muertos de su inexistencia.

La autogestión conlleva la creación de los caminos de la autogestión. El conocimiento antiautoritario entendido como un discurso más carece de sentido.

Existen dirigentes y dirigidos, porque existe quien posee la información y el desinformado. La extensión de la información es condición indispensable para el derrumbe de los poderes míticos y de las organizaciones exteriores, de la contemplación y de la división social de la decisión.

Los esquemas preelaborados remiten incansablemente a la contradicción entre el carácter de las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas(5) pero son incapaces de penetrar en la constante institucional. Esta precede al Estado, al partido, etc.: la contradicción entre dirigentes y dirigidos surge en el seno de la institución familiar. Esta contradicción va creando antagonismos específicos a cada modo de producción, y sin embargo su análisis es desechado.(6) Todas las formas de explotación y alienación que se manifiestan históricamente, o bien proceden de esta contradicción o se desarrollan paralelamente a ella.

Antaño, el poder se mantenía bajo el signo de lo sagrado. El capital derrumba el mito para "liberar" y explotar, para colocar las leyes de la economía por encima del poder trascendente. El espectáculo del poder nos permite luchar por la butaca, pero no participar en la obra. Es el continuo preguntar sobre "los detalles, para mejor prohibir la totalidad".(7) Es la necesidad del capitalismo moderno de presentar imágenes parcelizadas de la realidad, ante unos espectadores— los proletarios— que ya no admiten la dominación directa. El espectáculo en el partido como reproductor de la jerarquía es: presentar el

proyecto socialista, siempre como una eterna transición víctima de las necesidades de supervivencia. Es el seguro de vida de la alienación. "Sobrevivir nos ha impedido vivir"(8)

La institución autoritaria no se presenta tan sólo como represión material concreta. Se institucionaliza en un conjunto de normas, mitos, tradiciones, que ocultan su génesis. De aquí se desprende el aceptar como eterno e incuestionable, lo que en realidad es la distorsión del proyecto proletario.

Se acepta como lógica la autonomía del sector dirigente y la reproducción de la distancia entre vida social y sociedad. El partido es una más de las instituciones que "producidas por la historia, acaban apareciendo como fijas y eternas, como algo dado, una condición necesaria y transitoria de la vida de las sociedades".(9)

La separación del poder como estrato superior impide su localización en toda la organización social. La separación y el espectáculo contemplativo se agudizan como nunca pero es más difícil destruirlos o simplemente ubicarlos. El centro de actividad de la reproducción jerárquica es analizado como objeto al margen tan sólo presionando sobre los diversos grupos y organizaciones sociales. El proceso tal y como se instituyó, su temporalidad, promueven el olvido de que "las instituciones cambian, podrían ser de otra manera".(10) La práctica y la teoría antiautoritarias deben descubrir los mecanismos de institucionalización de la jerarquía. Descubrir los mecanismos de institucionalización de la jerarquía. Descubrir alternativas que desarticulen la dirección exterior y los mecanismos a través de los cuales ésta se inserta en las zonas de respuesta autogestionaria. La crítica debe abarcar al mismo conocimiento antiautoritario, que sometido a la transversalidad estatal, puede asumir un papel conductista antiautoritario (variante sutil del autoritarismo).

Los movimientos que no partan de estas premisas básicas, manipulan como espectáculo la ilusión del cambio, cuando sólo cambian el tiempo de la ilusión. Ilusión de la nueva organización, que tan sólo encubre las nuevas modalidades de jerarquización. Esta ilusión es la condición del desarrollo del espectáculo. La pasividad ante la promesa de la organización exterior determina el deterioro de la autoactividad proletaria. La concepción dirigentista invierte los papeles: modificar el carácter de la organización, para alterar la institución. Esto correspondería a los intentos cogestivos pedagógicos, comparsas institucionales que olvidan el carácter de la sociedad: (compromisos históricos, cogestiones de empresa, pactos sociales, etc.).

La "inteligencia" instituida en transmisora oficial de la conciencia sólo puede superar su papel reformista siendo destruida. Es por ello que la transición separada de un concepto permanente

de revolución conduce a las cogestiones administrativas, a la resolución de antagonismos inmediatos, pero disuelve la aceleración de la lucha de clases. El proceso de castración que realiza la escuela(11) se reproduce en la relación enseñante-enseñado que es la relación partido-clase. La vanguardia es el adulto-ciencia-director, que legitima su función infantilizando a la clase. En esta relación, el potencial de cambio de la clase es reprimido en función del rol que le asigna la dirección. La manipulación es clara: es necesaria una política reformista porque la clase no está preparada, y la clase no está preparada porque se realiza una política reformista.

En tanto la inteligencia exterior se desentiende de la necesidad de estar implicada prácticamente, para ser parte de lo analizado "verifica interminablemente la existencia de clases en la sociedad capitalista y una visión inamovible de la formación como superestructura determinada en última instancia por la economía"(12) El papel teórico separado refuerza las estructuras autoritarias, y no tan sólo en su proyecto. Su sola práctica interna reproduce las contradicciones generales de la sociedad. Tal parece —parafraseando a Muntzer— que la práctica autónoma del proletariado tendrá que recurrir a colgar al último dirigente con las tripas del último teórico.

(1) R. Lourau. *Análisis institucional* Campo Abierto.

(2) G. Lapassade y R. Lourau. *Ibid.*

(3) R. Lourau. *Ibid.*

(4) R. Vanneigen, *Trivialidades de base*. Anagrama.

(5) P. Cardan *Capitalismo Moderno y Revolución*. Ruedo Ibérico.

(6) G. Castoriadis, P. Cardan y Lefort.

(7) Vanneigen, *Trivialidades de base*.

(8) *Ibid.*

(9) R. Lourau *Análisis Institucional*.

(10) J. Celma *Manual del Educador*.

(11) G. Lapassade *Análisis institucional* y J. Celma, *op. cit.*

(12) *Ibid.*